

MEDITACIÓN SOBRE EL TEMA DEL AÑO «YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN» – 3/3

«No le prometo la felicidad de este mundo sino la del otro». Palabra de María en la 3a aparición.

El jueves 18 de febrero de 1858, mientras está en el interior de la cavidad, Bernardita oye por primera vez la voz de la señora que le confía que lo que tiene que decirle «no es necesario» ponerlo por escrito. Pero ahora la conversación continúa y es de nuevo la señora la que toma la iniciativa, preguntando a Bernardita: «¿Me haría el favor de venir aquí durante quince días?» Tras la respuesta de Bernardita, la señora fue más allá, diciendo: «No le prometo la felicidad de este mundo, sino la del otro». Estas son, de hecho, las tres palabras sucesivas que María pronunció el día de la tercera aparición, durante el diálogo inicial con Bernardita.

Primera discípula de Jesús, María es una pedagoga. Tiene en cuenta tanto la realidad humana de Bernardita como el mensaje que quiere transmitirle. El diálogo que entabla con ella es progresivo pero, al mismo tiempo, abre a Bernardita a otra realidad, marcando simultáneamente una continuidad y una ruptura. La trata de «usted», es educada y delicada, se arriesga a la libertad. Espera una respuesta, tan importante para ella como para Bernardita, ya que las palabras de esta comprometerán a ambas.

La petición de María se sitúa en el plano de la confianza. De hecho, no da ningún detalle, ni programa y ella misma no se compromete a acudir a la cita que propone. Cómo no pensar en la llamada de Abrahán, el padre de los creyentes, a quien el Señor solo le dijo: «Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré» (Gn 12, 1). Abrahán se fue, tal como el Señor le había ordenado (Gn 12, 4). Esta palabra se hace explícita en el Evangelio con la llamada que Jesús dirige a los primeros discípulos: «Vengan y lo verán» (Jn 1, 39). Se trata, pues, de entrar en la relación de confianza que caracteriza a la del discípulo y que es la condición previa a la experiencia de la fe.

Lo que se le pide a Bernardita no es difícil, pero se requiere una práctica para su comprensión. En efecto, se trata de algo sencillo pero misterioso, que solo puede lograrse con una respuesta positiva.

Finalmente, a Bernardita no la llama el día de la primera aparición, sino el día del tercer encuentro. No estaba preparada para escuchar esta palabra. Así que primero tuvo que dar un primer paso en la confianza.

Para nosotros, las llamadas del Señor se dirigen siempre a nuestra libertad. Por lo tanto, requieren una respuesta por nuestra parte, expresando nuestra elección en términos concretos. Nuestra respuesta nos hace entrar en el proyecto de Dios y en la gracia que nos da para llevar a cabo nuestra elección.

Como en el caso de Bernardita, nuestro proyecto se inscribe en un lugar y un tiempo precisos, ya se trate del matrimonio, el celibato, la vida religiosa o el sacerdocio. Respondiendo a una u otra de estas llamadas, cada uno recibe la gracia necesaria, a veces materializada en un sacramento, para poder llevar a cabo su proyecto hasta su plena realización en armonía con el de Dios.

Sin embargo, esto no se hace sin dificultad. Todos, de hecho, deben llevar su cruz. Así, María no le promete a Bernardita aparecer durante quince días, sino que le pide que venga durante quince días. De hecho María no se le aparece a Bernardita, en dos ocasiones.

Pero en los días de cada aparición, la respuesta de Bernardita también resultará difícil. Muchas veces, en efecto, tendrá que superar obstáculos. Para ella, fueron esencialmente las prohibiciones, primero de su propia familia y luego de las autoridades, las que le dificultaron ir a la Gruta «como había prometido». Sin embargo, cada vez, un acontecimiento inesperado dará un giro a la situación, permitiendo finalmente a Bernardita ser fiel a su palabra.

También para nosotros, es en la dificultad de vivir nuestros compromisos donde Dios nos da, a medida que avanzamos, las gracias necesarias para transformar toda dificultad a través del misterio de la cruz, haciendo de ella un paso a otra realidad.

La petición de María, proponiendo a Bernardita que le conceda la gracia de venir a la Gruta durante quince días, se abre a una promesa por la respuesta positiva de Bernardita: «No le prometo la felicidad de este mundo, sino que le prometo la felicidad del otro mundo». Esta promesa está vinculada a la felicidad. Estamos bien en las raíces del Evangelio. Jesús promete a sus discípulos una felicidad, una alegría que nadie podrá quitarles (Jn 16, 22). La promesa de María a Bernardita está también vinculada a la felicidad, a la vida, a la fecundidad y a la plenitud. ¿Qué clase de felicidad es esta?

Todo ser humano aspira a la felicidad. Y la felicidad se puede encontrar en diferentes niveles. Sin embargo, la felicidad de este mundo es efímera, mientras que la felicidad que María propone a Bernardita, la felicidad del otro mundo, está vinculada a la que se propone a Jesús en el Evangelio. Esta felicidad es el fruto de la cruz. ¿Quién puede quitar a los padres la alegría de haber criado a sus hijos, dando la vida por ellos con perseverancia y fidelidad a lo largo de los años? ¿Quién puede quitar la satisfacción profunda que da el trabajo bien hecho con transparencia, generosidad y competencia? ¿Quién puede quitar la felicidad a quienes han dado su vida para servir a los pobres, a los enfermos y a todos los que están en peligro? ¿Quién puede quitar la alegría de la fidelidad a una palabra dada y vivida hasta sus últimas consecuencias? Nadie puede quitarte esta paz, esta alegría, esta felicidad. «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo?», exclama San Pablo, que inmediatamente especifica: «¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?...ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios» (Rm 8, 35).

Cuando un cristiano entrega su vida, entra, como Bernardita, en la alegría del otro mundo. Entonces saborea el Reino de los Cielos que Jesús presenta en el Evangelio mediante parábolas sobre algo esencial que es del orden del amor y sin el cual todo lo demás es vano.

En el Evangelio el Señor anuncia el Reino de los Cielos como una nueva realidad que introduce en la plenitud del amor. En Lourdes, María hace que Bernardita descubra y viva este otro mundo. Para nosotros, este otro mundo que es el Reino de los Cielos se hace presente en la experiencia cotidiana del don de sí mismo.

Y ahora unas reflexiones del papa Francisco sobre la «acogida de la felicidad» en la persona de San José:

«José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. “La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio” [18].

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (Jb 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!». Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3,20).

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es “padre de los huérfanos y defensor de las viudas” (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32)». (Papa Francisco, Carta apostólica *Patris Corde*).

P. Horacio Brito
Misionero de la Inmaculada Concepción de Lourdes
Capellán General de la HNDL